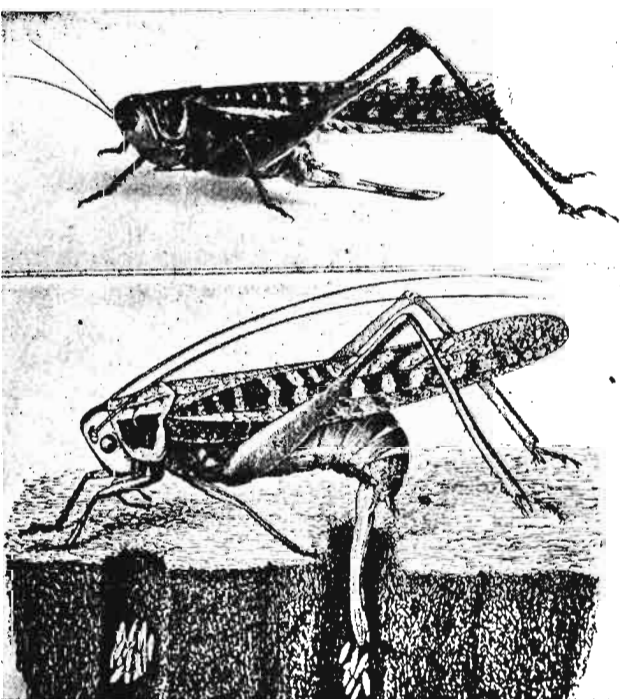


PLAGAS EVENTUALES

CIGARRONES Y CIGARRAS

Por JOSE DEL CAÑIZO
Ingeniero Agrónomo, del Instituto Nacional de
Investigaciones Agronómicas



Hembras de Cigarrón alado y daños producidos en el trigo.

(Fotos Serrano)

PLAGAS EVENTUALES

CIGARRONES Y CHICHARRAS

Por JOSÉ DEL CAÑIZO GÓMEZ

(Ingeniero Agrónomo del Instituto Nacional de Investigaciones Agronómicas)

Por fortuna, la mayoría de los insectos perjudiciales no se multiplican igualmente todos los años. Escasos durante períodos más o menos largos, se presentan con carácter de plaga en algunos años de condiciones meteóricas favorables. Tal es el caso de los "cigarrones" y "chicharras" que, ciertos años, se desarrollan en gran número, especialmente en algunas provincias de Castilla la Nueva, Extremadura y Andalucía, hasta el punto de producir alarma entre los agricultores. En esta "hoja" divulgaremos algunas noticias sobre estos insectos, que, en las circunstancias indicadas, pueden llegar a producir daños apreciables en los cultivos.

EL "CIGARRÓN"

Aunque los nombres vulgares de insectos suelen tener mucha menos precisión que los de plantas, aplicándose frecuentemente a especies y aun géneros que presentan cierta semejanza, generalmente con el nombre de "cigarrón", se conoce a un robusto saltamontes de color gris, con élitros y alas largas, designado por los entomólogos con el nombre de *Decticus albifrons*; cuyo nombre específico alude a su ancha frente, de color marfileño, y el genérico (derivado del griego *decticos*, que significa "el mordedor") es alusivo a sus fuertes y aceradas mandíbulas, con las que muerde, hasta hacerle sangre, a quien le coge sin las debidas precauciones.

Es un insecto propio de la región del olivo, que habitual-

mente vive aislado, o en grupos poco numerosos, en los terrenos baldíos, pastizales y rocas soleadas. Generalmente sus desplazamientos, aun en estado adulto, son limitados. Pero, sin embargo, sus largas alas (que rebasan el extremo del abdomen) les capacitan para vuelos de cierta consideración.

Se alimentan de plantas silvestres, comiendo de preferencia las semillas de panizo común (*Setaria italica*) y los granos que contiene el fruto de la verdolaga (*Portulaca oleracea*),

Cuando se multiplica en gran número invade los sembrados, ocasionando daños especialmente en cereales y huertas. Lo mismo que la langosta común, sube por las cañas del trigo y, con sus robustas mandíbulas, roe y destroza las espigas, devorando con satisfacción los granos tiernos (1).

Producen también destrozos en las plantaciones nuevas del olivo, cuyos injertos del año quedan muy comprometidos. Con frecuencia se agrupan en racimos sobre las ramas de árboles silvestres o cultivados.

Comen también otros saltamontes, el de alas azules preferentemente, e incluso la langosta común y la italiana: agarrándoles con la patas delanteras, les ataca siempre en la nuca, donde insiste con sus mordeduras para alcanzar los ganglios cervicales e impedir los desesperados esfuerzos de sus víctimas, conseguido lo cual come todo, menos alas y elitros. Si escasea el alimento llegan a desarrollar instintos de canibalismo, no ya a expensas de otros insectos, sino incluso de su misma especie. Se ha visto hembras del cigarrón comiéndose al macho y hasta se ha observado alguno de estos voraces insectos que devoraba sus propias patas traseras, desprendidas del cuerpo por accidente. Hace unos años, en un lugar de La Serena, dejó un cazador dos conejos destripados colgados de una encina a la hora de la siesta, y, al despertar, los encontró devorados por los "cigarrones", que cubrían toda la copa del árbol.

El famoso entomólogo FABRE, hizo algunas observaciones sobre las costumbres del Décico de la frente blanca.

(1) En la portada, hembras del cigarrón común (una de ellas haciendo la puesta de huevos) y espigas de trigo mordidas por los cigarrones. (Fotos, Estación de Fitopatología Agrícola de Madrid. Dibujo de Berlese.)

En las horas del calor, hace la digestión al sol, y frotando los élitros produce un sonido intermitente, casi metálico, acompañado de un zumbido sordo que se percibe a veinte pasos del animal.

A últimos de agosto, en Provenza, se unen los sexos. En la cópula, el macho queda debajo, dominado por su robusta compañera que, después, devora el espermátóforo; el macho se agota y muere una quincena de días después, siendo con frecuencia devorado por las hembras. Estas se distinguen, a primera vista, de los machos por su largo oviscapto en forma de sable. El macho presenta, en la base del élitro derecho, una membrana tensa, encuadrada por nervios quitinosos salientes, y, en el sitio correspondiente del élitro derecho, un arco dentado que hace vibrar aquella; particularidad por la que solo “cantan” los machos. La puesta se hace en varias veces, en los primeros meses estivales y a medida que los huevos maduran. Afirmada sobre sus seis patas, la hembra arquea el vientre y clava, verticalmente, el sable en la tierra, quedando inmóvil durante un cuarto de hora; después, saca el taladro y aprieta la tierra, para disimular el sitio donde quedan los huevos. En parajes próximos, repite después la operación hasta cinco veces, y, en días sucesivos, continúa la puesta en otros lugares. Suelen preferir las hembras para la puesta, las franjas de terreno situadas a lo largo de las lindes y de los caminos rurales. Si se examinan las puestas, comprobamos que no hay “canuto” como en la langosta, sino que los huevos están sueltos y sin protección; cada madre pone unos 60. Son negruzcos, en forma de cigarro, y miden cinco a seis milímetros.

Desde los primeros calores, hacia el mes de abril, estos huevos avivan si la humedad del suelo es conveniente. Para salir a la superficie, el insecto recién nacido está envuelto en una cubierta blanca que mantiene recogidas contra el cuerpo las largas patas y las antenas, que serían un grave estorbo para la ascensión; una ampolla cervical que se hincha y desinfla sucesivamente, abre camino apartando la tierra, y por contracciones del cuerpo, avanza penosamente el animalito

hacia el aire libre y el sol. Una vez arriba, la misma ampolla hace estallar la funda que envuelve al insecto, que extiende entonces sus extremidades.

Para la lucha contra el “cigarrón” hay que recurrir a los medios empleados contra la langosta, especialmente a las pulverizaciones y a los cebos arsenicales, cuando la plaga lo merezca. En las pequeñas invasiones bastarán los medios mecánicos (buitrones, garapitas, etc.)

Para conseguir buenos resultados con los cebos precisa aumentar la dosis de arsénico, con relación a la empleada contra la langosta, y repartir el cebo menos esparcido. Una fórmula que ha sido empleada con buen éxito, es la siguiente:

Arsenito sódico	3 a 4 kgs.
Salvado de hoja	100 kgs.
Agua, aproximadamente	70 litros

La riqueza del arsenito sódico debe ser del 80 por 100 de anhídrido arsenioso ($As_2 O_3$), y la cantidad de agua necesaria varía según el tamaño de las hojas del salvado, y que esté más o menos seco. Para preparar el cebo se disuelve el arsenito en el agua, y con esta disolución se riega después el salvado, que se remueve al mismo tiempo con palas de madera para dejarle humedecido por igual. El cebo no debe quedar demasiado humedecido, porque entonces se apelotona y reparte mal. Tampoco conviene quede seco, porque se disgrega demasiado y no es apetecido por el insecto: por ello se procurará emplearle recién preparado, y, en otro caso, ensacarle para evitar su desecación.

En vez del arsenito puede utilizarse como insecticida el hexacloro-ciclo-hexano (666), con riqueza del 25 por 100, que se mezclará, en seco, a razón de 5 a 6 kilogramos de dicho producto por 100 kilogramos de salvado.

Para que la mezcla resulte más homogénea, se hace primero con el insecticida y varios kilogramos de salvado; después se agrega el resto, removiendo bien. Por último, se agrega el agua necesaria.

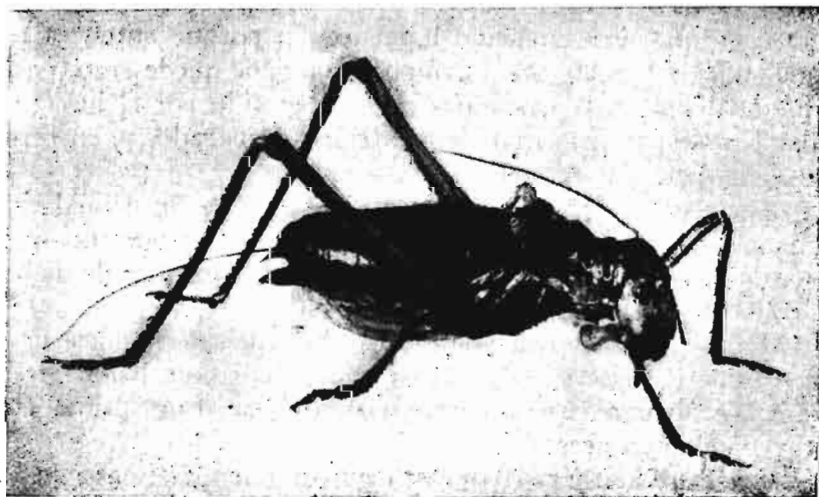
La cantidad a repartir será mayor que en el caso de la langosta. Si para combatir un denso salpicado o cordón de langosta basta con repartir 60 kilogramos de cebo por hec-

tárea, en el caso del “cigarrón” habrá que emplearle a razón de 100 a 150 kilogramos por igual superficie.

El cebo insecticida se distribuyé a voleo, pero no tan esparcido como en el caso de la langosta, aunque tampoco debe quedar muy amontonado.

LAS “CHICHARRAS” O “CHICHARRAS PANZUDAS”

Las “chicharras” de alas cortas, llamadas también “ciga-



· Dos especies de «chicharras panzudas» o «panziganas» comunes en España. Las hembras se distinguen por su largo oviscapto en forma de sable.

rrones sin alas” no tienen nada que ver con la vulgar “cigarras”, calumniada por los fabulistas, y cuya laboriosidad fué reivindicada por el célebre naturalista FABRE.

Son las “chicharras” gruesos saltamontes de largas antenas y cuyas hembras llevan un ovipositor en forma de sable, casi tan largo como el cuerpo. Sus alas están reducidas a dos escamas convexas, endurecidas, recubiertas parcialmente por una pieza (pronoto) que tiene la forma de una silla de montar; estas alas atrofiadas le sirven al animal, exclusivamente para cantar, frotando una con otra: la de la izquierda tiene, por abajo, una cremallera de 80 anchos dientes transversales, los cuales hacen vibrar un tímpano encuadrado en fuerte nervadura externa del élitro derecho. Aquí, por excepción, ambos sexos están dotados de aparato sonoro, si bien, el de la hembra es más rudimentario.

Viven en los jarales, matorrales y montes de alcornoque, etcétera etc., de donde no salen mientras no les falta alimento. Pero, al aumentar su número, después de haber devorado cuanto les conviene en montes y eriazos, invaden los campos inmediatos, donde ocasionan daños mayores.

Todas las plantas del cultivo son atacadas, y, en primer lugar, la viña y los árboles frutales, especialmente las higueras, cuya primera cosecha llegan a destruir totalmente. El tabaco y el algodónero sufren también de sus depredaciones así como garbanzos, judías y hortalizas en general. Las chicharras, después de haber devorado las flores y frutos, atacan a las partes verdes de todas las plantas. Todo les conviene y hasta si una de ellas es aplastada, las otras no desdeñan devorar el cadáver; pero se alimentan principalmente de vegetales.

Para combatir las, lo mejor sería prevenir las invasiones, atacando a las chicharras cuando no han salido aun de los montes y baldíos, en cuanto se apercibe que su número comienza a ser inquietante.

España es el país europeo cuya fauna es más rica en especies de chicharras, algunas de las cuales tienen amplia área de dispersión, en tanto que otras están más localizadas. En Aragón y Cataluña, Valencia y Murcia, es muy común la es-

pecie *Steropleurus Perezi* Bol., llamada “pantingana”, en la provincia de Huesca.

Como medios de lucha, se recomiendan los antes indicados para los “cigarrones”, particularmente los cebos, a condición de que sean bien preparados y aplicados. Se tendrá en cuenta que el efecto de tales cebos no es inmediato, sino que precisa, por lo menos, veinticuatro horas para manifestarse, dando tiempo a las chicharras para alejarse antes de morir.

En las provincias de Castilla la Nueva, Extremadura, y alguna de Andalucía (Córdoba), es frecuente el *Platystolus martinezi* que, como la especie anterior, llega a desarrollarse con carácter de plaga.

En Galicia causan, a veces, daños en la patata y otros cultivos, las llamadas en el país “canturiñas” (*Callicrania seoanei* y *bolivari*.)

EL “CANTO” DE LOS CIGARRONES Y CHICHARRAS

¿Para que les sirve el aparato sonoro a estos insectos? Ante todo—como dice FABRE—para cantar las alegrías de la vida, tomando el sol con la barriga llena. El cigarrón macho—que queda inútil para el amor, después de la primera noche nupcial—sigue, sin embargo, cantando alegremente, hasta agotar sus fuerzas, en lo que le resta de vida.

Utilizan también su estridente sonido para reclamo sexual, o sea como medio de “tele-comunicación” con sus mudas compañeras.

Por último, las “chicharras” o “cigarrones sin alas” de ambos sexos, lanzan su monótona canción, tanto para celebrar las delicias de la existencia, como para expresar el dolor o el espanto, cuando se ven presas de algún enemigo. En suma, como poéticamente escribía FABRE, el tímpano sonoro de estos animales, “alegra el campo, susurra los goces y las tribulaciones de la vida, lanza en derredor la llamada amorosa, anima las largas esperas de los solitarios, expresa la suprema floración de la bestia. Su golpe de arco es casi una voz”.